

COMO LÁZARO SE ASENTÓ CON UN JUGLAR CALLEJERO, YA MAYOR Y CON PROBLEMAS DE MEMORIA, QUE RECITABA (MAL) EL “CANTAR DE MIO CID”

Después de que mi tercer amo me dejase, decidí irme de Toledo, pero, justo en la puerta de la muralla, me encontré con un juglar, ya entrado en años y, con su aprobación, decidí asentarme con él.

Tal juglar debía de tener problemas de memoria, pues el primer día, cuando me mandó a por comida y volví, por poco no empezó a palos conmigo, pues ya no recordaba que era su criado, pero me vino bien, porque él ya había comido, y aquel día comí como me plugo.

Al anochecer guardó todo lo ganado, que no pasaba de cinco maravedís, en un cofrecillo cerrado con llave, que por su mala memoria, llevaba colgada al cuello. Al no haber sitio en el carromato, donde él dormía y guardaba algunas cosas, tuve que dormir debajo de la carreta.

Al día siguiente, se acordó de mí y dijo:

-Muchacho, ¿cómo te llamas?

-Lázaro de Tormes.

-¿Cuántos años tienes?

-Voy para catorce.

-Bien, como criado mío tendrás que ayudar en lo siguiente: Traerás la comida, lavarás la ropa, limpiarás mis cosas y me anunciarás por las calles, ¿entendido?

-Sí.

-Bien, toma dos maravedís y trae el desayuno.

Y me fui al mercado, pensando qué podía comprar, y calculando para sacar beneficio. Compré leche y pan, me sobró una blanca. Al llegar junto a mi amo no me preguntó ni por el dinero ni dónde lo compré, lo que para mí fue una bendición. Luego me mandó que ordenase la carreta que, junto un pequeño escenario, hacían mi nuevo hogar. Entré en la carretilla donde solo había una cama, títeres y trajes tirados por todos lados. Registré el lugar, hice la cama, limpié los títeres y la ropa la aparté para lavar. Después de limpiar, encontré el cofrecillo. Tan mala memoria tenía mi amo, que dejó la llave en el cerrojo y ¡cómo no iba a aprovechar aquel momento!

Había diez maravedís, quince blancas y por lo menos veinticinco medias blancas. Yo cogí tres blancas y cinco medias blancas, rezando para que no se acordara.

Luego fui al río, donde había mujeres lavando la ropa y tanto las “enjaboné” que debieron asistir toda la semana a las representaciones de mi amo. Con esto y el lavado de la ropa estuve hasta mediodía. Al volver mi amo me dijo:

-Trae carne y verduras.

Y me dio tres maravedís. Asintiendo me fui corriendo al mercado, compré lo que me pidieron y, al volver, mi amo me preguntó:

-¿Cuánto te di?

-Dos maravedís -mentí

-¿Te ha sobrado algo?

-No –y le mostré los bolsillos vacíos, el dinero lo tenía en la boca.

-Bien, ¡pues a comer!

De toda la comida me correspondió: dos trozos de col pequeños, los huesos y algún que otro trozo de grasa.

Al acabar la comida y viendo que mi amo no me ordenaba nada, le dije que iba a anunciarlo. Fui al mercado y con lo que le hurté al juglar compré algo de comer. Cuando volví, mi amo estaba en la representación de una obra. Para no molestarlo me fui directamente a la cama.

A la mañana siguiente me mandó por el desayuno, me quedé con la “vuelta” y volví. Cuando llegué, mi amo estaba discutiendo con otro juglar. Cuando se marchó le pregunté a mi amo qué quería aquel hombre. Él me dijo que venía a robarnos el sitio, pero gracias al respeto que había ganado se marchó.

Y así pasó un tiempo, hasta que un día, antes del anochecer, vi que mi amo representaba una obra, y no lo debía de hacer muy bien porque empezaba a marcharse la gente. Lo ignoré, pero, sinceramente, tenía ganas de subirme a ese palco y sentirme alguien importante...

A la mañana siguiente, mi amo se quejó del menosprecio que la gente sentía por el recitado del Cantar del Cid Campeador de anoche, y viendo que la gente pasaba abundantemente empezó a recitarlo, pero, desde luego, no contaba bien la historia que, extrañamente, me la había aprendido gracias a Zaide, que nos la cantaba a mi hermanastro y a mí. Por eso, la gente no soltaba ni media blanca a los donativos...

Entonces subí al “escenario”, nervioso como nunca he estado, y empecé a recitarlo. La gente se fue parando delante de mí y, al acabar, ¡los donativos sumaban más de ocho maravedís! Fui todo contento junto a mi amo, que hizo dos cosas: sacarme la bolsa de la recaudación de las manos y darme un bofetón. Acto seguido dijo:

-¿Sabes qué supone esto para mí?

-Creí que hacía bien...

-¡¿Creías, creías?! ¿Qué será del respeto que me he ganado frente a otros juglares?

-Pero...he ganado mucho dinero...

-¿Y? Ahora no nos dejarán sitios buenos, por donde pasa la gente que da dinero, ¿entiendes? Tal vez ganes algo de fama con esta “actuación” tuya, pero ¿de qué le sirve la honra y respeto a un mocoso como tú? ¡Venga, lárgate, lárgate y no vuelvas por esta ciudad!

Con esto tuve que dejar mi cuarto amo, pero, sepa Vuestra Merced que aprendí algo:

Prefiero una cama donde dormir y una mesa donde comer a toda la honra y fama que se pueda tener.